

Una necrología de Emilia Pardo Bazán

José Luis Campal Fernández

(REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS)

RESUMEN

En el presente artículo se exhuma una olvidada necrología publicada en el momento de la muerte de la condesa de Pardo Bazán por el literato asturiano del primer cuarto del siglo XX José María del Busto y de Chaves.

PALABRAS CLAVE: Obituario, Emilia Pardo Bazán, José M.^a del Busto.

ABSTRACT

A forgotten obituary published when Mrs. Pardo Bazán died by the “asturian” man of letters from the first Quarter of the 20th century José María del Busto y Chaves is disinterred in the present article.

KEY WORDS: Obituary, Emilia Pardo Bazán, José M.^a del Busto.

El fallecimiento el 12 de mayo de 1921 de Emilia Pardo Bazán suscitó de inmediato una oleada de reconocimientos póstumos, que llegaron de la mano tanto de consagrados literatos y críticos o emergentes principiantes como de coetáneos de la escritora o gentes del mundo cultural pertenecientes a otras filiaciones estéticas¹. Uno de estos recordatorios elegíacos fue el que, dos semanas después de producirse el fallecimiento, le dedicó el asturiano José María del Busto y de Chaves, creador de cierta nombradía en sectores restringidos y del cual, en un banquete en su honor celebrado en Avilés en 1928, afirmó el jurisconsulto y diputado nacional José Manuel Pedregal y Sánchez-Calvo que era un «hombre consecuente con el ideal, que escribe, no para halagar las pasiones y entretener sin enseñanzas al público, sino para afirmar una ideología y hacer pensar». En ese mismo escenario, proclive a las laudatios, José Francés, académico de Bellas Artes de San Fernando, lo perfila, por su parte, como «cincelador de la frase», emplazándolo entre los benjamines de la Generación de 1908.

El artículo necrológico de José M.^a del Busto lo insertó en primera plana, dentro de una sección rotulada “Jornadas madrileñas”, el periódico ovetense de orientación católica *El Carbayón*, en su número correspondiente al sábado 28 de mayo de 1921. Fechado en Madrid, donde profesionalmente residía, llama la atención el empleo, para nombrar a la escritora gallega, de la fórmula compuesta en su apellido en el encabezamiento del texto, aunque luego en el cuerpo opte por citarlos separadamente, lo que induce a suponer que se trataría de una imposición del propio rotativo, que continuaría así la estela marcada por la esquela mortuoria que acogieron los diarios de la capital, donde se lee «Doña Emilia Pardo-Bazán y de la Rúa-Figueroa Mosquera y Somoza, condesa de Pardo-Bazán».

Sigue el obituario de José M.^a del Busto un sencillo esquema: 1) noticia del fallecimiento e incredulidad por la nueva realidad que se hace presente; 2) valores genéricos de la escritora desaparecida como figura de relevancia nacional y exportable, con una obra cerrada y excelsa, que despierta la alabanza de los eruditos pero también del pueblo llano; 3) anécdotas biográficas acerca del talento innato para el ejercicio literario con cesiones a

¹ En el momento de su muerte, firmaron artículos sobre la condesa de Pardo Bazán desde Miguel de Unamuno (*Nuevo Mundo*), Wenceslao Fernández Flórez (*ABC*), Eduardo Gómez de Baquero (*Nuevo Mundo*) y Camille Pitoulet (*Mercure de France*) hasta Eduardo Marquina (*Raza Española*), José Ortega Munilla (*ABC*) o Eduardo Zamacois (*El Imparcial*).

la voz confesional de la autora; 4) repaso veloz de algunas de sus aportaciones cimeras y mención de las influencias francesas, instante que es aprovechado para colocarle la única tacha, su filiación naturalista, y 5) exaltación del amor a la patria que, a su juicio, destila la personalidad de Pardo Bazán.

Igualmente, la tan traída y llevada discusión sobre la virilidad feminista de la escritora coruñesa queda patente, en esta reseña biográfica, en la masculinidad gramatical que Del Busto le otorga al referirse a su actividad literaria («crítico agudo», «novelista prodigioso», «cronista sugestivo», «hagiógrafo») y que hallamos también en la citada esquila cuando se señalan entre los cargos de mérito que desempeñó Pardo Bazán el de «catedrático de la Universidad Central», o cuando, por ejemplo, aparece el 29 de mayo de 1921 en *Blanco y Negro* un artículo elegíaco titulado decididamente como “Recuerdos de un gran literato”.

Dado que este canto fúnebre en prosa de José M.^a del Busto no ha sido reimpresso y que en su día pudo perfectamente pasar desapercibido fuera de los límites provinciales de Asturias², procedemos a exhumarlo.

² No figura en Scari, Robert M. (1982): *Bibliografía descriptiva de estudios críticos sobre la obra de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, Albatros Hispanófila, 23, p. 141.

LA CONDESA DE PARDO-BAZÁN

No queremos aceptar la nueva, fría, cruel, inevitable. Y los hechos y los días, no obstante, nos persuaden tercos, contumaces, de su trascendencia pavorosa. La condesa de Pardo Bazán, una de las pocas glorias hispanas que nos era lícito mostrar con orgullo por encima de nuestras fronteras, ha muerto. La dama ilustre, que supo oscurecer con el resplandor del genio el brillo de la estirpe para otorgar el triunfo sólo a la magnitud del talento preclaro y al empuje avasallador del esfuerzo bravío, enmudece muy luego de escalada la cumbre. Su diestra reposa rematando una labor extensa y admirable. Sus ojos miopes, diminutos e inquietos, que sabían bucear sagaces en los espíritus, se han cerrado para siempre, bajo el cielo azul y luminoso de su patria, una mañana de primavera.

A la mansión ensombrecida por el dolor ha llegado, junto con los homenajes oficiales, el duelo sincero, todo emoción, ternura, que el pueblo ofrenda, como corona amorosa y perenne a las figuras egregias que esmaltaron con su prestigio las páginas excelsas de su historia.

Queda la estela confortadora de su obra inmortal, el perfume que marca a las generaciones venideras el paso por la tierra de los vencedores. La escritora inolvidable, cuyo nombre el tiempo enaltecerá aún más, anunció desde los albores de su infancia la grandeza esplendorosa de su futuro. Era yo –dice D.^a Emilia Pardo Bazán– de esos niños que leen cuanto cae por banda, hasta los cucuruchos de especias y los papeles de rosquillas; de esos niños que se pasan el día quietecitos en un rincón cuando se les da un libro, y a veces tienen ojeras y bizcan levemente a causa del esfuerzo impuesto a un nervio óptico endeble todavía.

Fue una de esas criaturas demasiado formales, prematuramente observadoras, de las que se aleja pronto la inconsciencia bulliciosa, risueña, de la niñez por avizorar las andanzas de los hombres menos encubiertos e insinceros cuando no se sospechan espíados. Manifestóse pronto su vocación literaria, alentada con acierto por sus padres. Muy pronto gustó la vecindad de los libros señalando una plausible predilección para los volúmenes únicos que deben orientar al escritor, marcándole su ruta.

Desde su *Estudio crítico de las obras del Padre Feijóo*, publicado en 1876, hasta el año actual, la laboriosidad de la egregia polígrafa no conoció pauta ni tregua, mostrando con análoga fortuna la diversidad de sus aptitudes. Crítico agudo, perspicaz, en *La cuestión palpitante*, que dio ocasión a interesantes polémicas, *Los poetas épicos cristianos*, *La revolución y la novela en Rusia* y *La literatura francesa moderna*; novelista prodigioso, en *Los pazos de Ulloa*,

Insolación, Morriña, La quimera, La sirena negra y Dulce dueño; hagiógrafo magistral, en *San Francisco de Asís*, donde admira la solidez de su cultura y los primores de su estilo; cronista hábil, sugestivo, ameno, en las cartas escritas con destino a diversas publicaciones y agrupadas después en un volumen bajo el título de *Al pie de la torre Eiffel*, refiriendo su viaje a la capital de Francia con motivo de la Exposición universal de 1889, además de profusión de artículos y estudios diseminados en periódicos y revistas o coleccionados en otros tomos.

Ni fuera pertinente, ni disponemos del espacio indispensable para analizar la producción de la autora de *Pascual López*. Influenciada por los escritores franceses de fines del siglo XIX –es fuerza consignarlo–, y muy especialmente por los hermanos Goncourt, a quienes ella consideraba entonces «los más caracterizados maestros de la novela contemporánea», trazó capítulos de un acentuado naturalismo nada recomendables. Sus concesiones para la moda literaria de aquel tiempo no perduran en el resto de su obra, que tiene, aparte dos o tres libros en que sigue a los novelistas parisinos, honda raigambre española.

La condesa de Pardo Bazán, como todos los genios de la raza, era una enamorada de su patria. En este punto –afirmaba– me hallo a la altura de una mujer del pueblo. Y es que en este aspecto coinciden los hombres de cerebro y los hombres de corazón. A unos les acucia el pasado, el anhelo de revivir pretéritas grandezas; a otros les espolea el amor al solar, que, como todos los amores, se guarece muy dentro del alma y en las horas supremas impulsa al sacrificio y al heroísmo. Sólo los mediocres, los sórdidos, sin vigor para la lucha, a quienes su fatuidad estólida impide engrosar la legión de los humildes y su ausencia de ingenio la de los triunfadores, proclaman amargados el odio, el rencor, el egoísmo que emponzoña y entenebrece sus jornadas, huérfanas de nobleza, de abnegación, de poesía.

Y esa coincidencia de amores ha hecho poner al pueblo sobre la tumba de la escritora excelsa la ofrenda de sus corazones.